

Crítica de teatro

«Barnum», la comedia musical americana de gran espectáculo, en el Monumental

Título: «Barnum». Libro: Mark Bramble. Música: Cy Coleman. Lírica: Michael Stewart. Adaptación española: Emilio Aragón Bermúdez y Jaime Azpilicueta. Escenografía: Mitchel. Luces: Watson. Dirección y coreografía: Budy Schaw. Dirección española: Azpilicueta. Intérpretes: Emilio Aragón, Clara Morales, María Fleta, Michelle McCain, Iñiqui Guevara, Toni Carrasco. Actores, bailarines, cantantes, músicos. Director de orquesta: Luis Fornes. Teatro Monumental.

La figura mundialmente famosa del gran organizador de espectáculos especialmente circenses norteamericano, Phineas T. Barnum, nacido en Bethel (Connecticut), muerto en 1891 a los ochenta y un años de edad, magnificada hace años por el cine de Hollywood, fue convertida en protagonista de una comedia musical, «Barnum», y estrenada en el Saint James, de Broadway (Nueva York), en 1980. Llevada por el buen éxito, la obra pasó al Palladium de Londres, luego al Teatro Sixtina, de Roma, y ahora, traída de la mano por Emilio Aragón y Arturo Castilla, ha sido presentada en el Monumental.

El tratamiento dado a un tema esencialmente biográfico por Mark Bramble, autor del libro, ha producido una estructura más cercana a la revista que a la comedia. Barnum, el protagonista, asume el cometido de «meneur», como dicen los franceses; de conductor del espectáculo. Cuenta su vida a los espectadores a la par que vive en escenas muy sincopadas algunas de sus numerosas peripecias. Desde las amorosas, su vida conyugal con Charity y sus desvaños con la hermosa sueca Jenny Lind, a sus flirteos poco afortunados con la política, pasando por sus numerosas mixtificaciones inspiradas en una genialidad de gran truquista y una sensacional capacidad de organizador que le llevó a la presentación del «mayor espectáculo del mundo» en su entonces sorprendente primer circo de tres pistas simultáneas.

Escenas cortas, dúos cantables breves, ambientación circense, requieren una permanente metamorfosis de la escena, el cambio de elementos en torno a un mínimo significativo. Es decir, una sincronización sumamente difícil de lo visual y lo auditivo, que la noche del estreno, cosa absolutamente comprensible y disculpable, no funcionó a la perfección. Eso hizo fallar algunos de los grandes efectos, como el paso del elefante gigante y por insuficiente



María Fleta, Emilio Aragón y Clara Morales

volumen en los micrófonos emisores de las dos figuras principales, dificultó la comprensión del texto lírico de ambos durante el primer acto, lo que diluyó más todavía la ilación biográfica, ya de suyo muy fluida por la imbricación no causal de unas y otras aventuras del gran personaje.

La construcción del ámbito escénico —una bonita embocadura y el fondo del escenario con pasillo para orquesta y carteles, elementos del mundo del circo— es muy abierta a fin de que el ritmo y los cambios sean constantes, lo que está conseguido. Un incesante movimiento de malabaristas, acróbatas, conjuntos coreográficos envuelve en su colorismo las peripecias individuales que en ningún caso resultan apasionantes. Carecen de tensión. Quedan en simplemente descriptivas, sin que alcancen nunca el valor de situaciones teatrales.

El joven Emilio Aragón es la figura central de todo este maremagnum de coloreadas imágenes. Canta, baila, dice, hace acrobacias, prestidigitación, malabares, todo con un alarde, tal vez excesivo, de naturalidad. Porque en ese propósito de ser natural y sencillo, no matiza. Todo resulta un tanto igual. No envejece. Ese Barnum niega al espectador la noción de temporalidad. Es como un instante, cuando la vida del personaje ha sido tan larga y sus acontecimientos tan profusos. Aragón, muchacho de raza que lleva desde hace generaciones sangre

de circo en las venas, descendiente de aquellos enormes payasos, Pompoff y Thedy, por línea muy directa, tiene una personalidad muy grata, tiene simpatía, facilidad y debe profundizar en el aspecto de actor para dar más corporeidad a su excelente actuación.

Clara Moraks canta con muy buen gusto, tiene naturalidad, grata figura, estuvo falta de volumen en el micrófono como ya se ha dicho, pero eso es fácilmente remediado y dará mayor dimensión vocal a sus bien entendidas intervenciones. María Fleta luce una voz rica, melódica, guturalizada al servicio de su personaje y es una mujer hermosa y atractiva. Iñiqui Guevara resuelve con facilidad su cometido de jefe de pista. Soltura en el ademán circense, facilidad a la interpretación.

*** La estrella es, sin duda, la cantante de color norteamericana Michelle McCain, que además de dominar su papel, por haberlo representado en Nueva York, Londres y Berlín, es una figura prototípica del «jazz» de los años treinta, cuya tradición y ritmos físicos y vocales recoge con maestría.**

El conjunto es excelente. Baila, canta, hace detalles circenses con brío sin que ninguno sobresalga. El aire de circo, la aparatividad, la brillantez de los difíciles ejercicios que un actor muy difícilmente podría improvisar, denota un gran cuidado de dirección y un generoso esfuerzo económico de producción.

Es de suponer que esta versión de «Barnum» en la que está toda la estética de los creadores del espectáculo al cual, con la mayor docilidad y fidelidad reproduce, mejore rápidamente, supere las pequeñas dificultades achacables a los nervios del estreno oficial y adquiera toda la enérgica vistosidad que puede atraerle a un público numeroso amante de los espectáculos brillantes. El esfuerzo de los intérpretes y el de los directores y productores lo merece. Así como la función de la orquesta, que juega con musicalidad muy adecuada la rica y variada partitura. «Barnum» es, como corresponde al personaje que retrata, un armario de trucos y figuraciones en muchos casos inesperadas.

Jorenzo LOPEZ SANCHO